



Homilía en la Misa de Nochebuena

Santa Iglesia Catedral, Jerez 24 de Diciembre de 2012

Hermanos sacerdotes; queridos hermanos/as congregados en esta Noche santa, de paz y de amor.

Con alegría venimos a la entrada de Dios en la historia: el gran acontecimiento del nacimiento de Jesús en Belén. El gran momento que Israel esperaba desde hacía muchos siglos. El momento en cierto modo esperado por toda la humanidad.

En esta noche Dios se inclina hacia nosotros. En Belén, Dios viene a nuestro encuentro, viene abajo, precisamente Él, como un niño, y baja incluso hasta la miseria del establo, símbolo de toda necesidad y estado de abandono de los hombres. Y desde el Pesebre nos habla de Él y nos muestra cómo es.

Rey de humildad

En primer lugar este Niño nos dice que Dios es tan grande que puede hacerse pequeño. Que puede venir a nuestro encuentro como niño indefenso para que podamos amarlo. En esta noche, hoy en el reinado de la dictadura del relativismo y de la tiniebla del materialismo consumista. Ahora en la tiniebla de la soberbia humana ha brillado una luz, la luz de la verdad: la divinidad no se alcanza con la autosuficiencia, ni con el poder absoluto, ni con la libertad irresponsable, sino con la humildad como nos muestra este niño, que lleva sobre sus hombros el poder del amor y de la humildad.

En Él aparece la nueva realeza que Dios establece en el mundo y que culminará en la cruz. En el establo de Belén, precisamente donde estuvo el punto de partida, vuelve a comenzar la realeza davídica de un modo nuevo: en aquel niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre aparece el poder de la bondad que se entrega, ésta es la verdadera realeza. El nuevo trono desde el cual el Hijo de David atraerá hacia sí el mundo que se inaugura en el pesebre y culmina en la Cruz. El establo se transforma en palacio donde vendrán los Reyes a adorar al Emmanuel, Dios con nosotros.

Rey de Bondad

En segundo lugar el Niño nos manifiesta que Dios es tan bueno que puede renunciar a su esplendor divino y descender a un establo para que podamos encontrarlo. Se hace un niño y se pone en la condición de dependencia total propia de un ser humano recién nacido. El Creador que tiene todo en sus manos, del que todos nosotros dependemos, se hace pequeño y necesitado del amor humano.

Dios está en el establo. Dios se ha hecho uno de nosotros para que podamos estar con él, para que podamos llegar a ser semejantes a Él. Él ya no está lejos. No es desconocido. No es inaccesible a nuestro corazón. Se ha hecho niño por nosotros y así ha disipado toda ambigüedad. Al nacer en la pobreza de Belén, quiere hacerse compañero de viaje de cada uno. Este es precisamente el don sorprendente de la Navidad: Jesús ha venido por cada uno de nosotros y en él nos ha hecho hermanos. Él es el camino de la plenitud de la humanidad. Aquí radica la gran alegría de la Iglesia y de los Ángeles y con ellos cantamos Gloria a Dios en el cielo y paz a los hombres que ama el Señor.

Mirar con ojos de pastores

Pero el relato del Evangelio no sólo nos muestra a Dios, sino cómo debe ser nuestra actitud para encontrarlo.

No seamos como el posadero que representa a esos hombres que por su humanidad esperan a Dios, pero cuando llega el momento, no tienen sitio para Él. Están tan ocupados consigo mismo, que necesitan todo el espacio y todo el tiempo para sus cosas y ya no queda nada para el otro, para el prójimo, para el pobre, para Dios.

En la posada se encuentran esos hombres y mujeres que cuanto más se enriquecen tanto más llenan todo de sí mismos y menos puede entrar el otro. En la posada están todos aquellos, también nosotros en algunos momentos de nuestra vida, hombres modernos, que viven lejos de Jesucristo. Hombres y mujeres que viven ignorando a Aquel que se ha hecho hombre, del Dios que ha venido entre

nosotros y se refugian en filosofías postmodernas, en negocios y ocupaciones que los llenan totalmente de la preocupación del tener y consumir y que hacen pesado el camino hasta el pesebre.

El Evangelio nos habla de otros hombres y mujeres: los pastores. Estos eran personas despreciadas; se les consideraba poco de fiar y en los tribunales no se les admitía como testigos. Pero, sin embargo, eran personas sencillas y vigilantes que estaban dispuestos a oír la palabra de Dios, el anuncio del ángel. Su vida no estaba cerrada en sí misma; tenían un corazón abierto. Fueron realmente personas en alerta, en las que estaba vivo el sentido de Dios y de su cercanía. Personas que estaban a la espera de Dios y que no se resignaban a su aparente lejanía de su vida cotidiana.

Para los pastores la luz de Belén les hace ver que Dios es lo más importante de sus vidas. Ésta es la prioridad que nos enseñan precisamente los pastores. Aprendamos de ellos la libertad interior de poner en segundo plano otras ocupaciones – por más importantes que sean – para encaminarnos hacia Dios, para dejar que entre en nuestra vida y en nuestro tiempo.

Acudamos a Belén donde el cielo y la tierra se tocan. Donde se da la Epifanía, la manifestación de la luz divina en el mundo lleno de oscuridad y problemas sin resolver. Acudamos al establo, símbolo de nuestra tierra maltratada y, como los pastores, descubramos que Cristo ha venido al mundo para volver a dar a la creación, al cosmos, su belleza y su dignidad: esto es lo que comienza con la Navidad y hace saltar de gozo a los ángeles. Y nos llena a todos de la esperanza en medio de esta crisis que estamos viviendo que es posible un mundo nuevo y humano pues también hoy podemos vivir el mensaje de la Navidad: La tierra queda restablecida precisamente por el hecho de que se abre a Dios, que recibe nuevamente su verdadera luz y, en la sintonía entre voluntad humana y voluntad divina, en la unificación de lo alto con lo bajo, recupera su belleza, su dignidad. Así, pues, como nos dice el Santo Padre en su mensaje de paz traigamos a nuestro mundo a Dios, abramos al hombre a la trascendencia y renovaremos la tierra creciendo en paz, justicia y amor.

Por tanto, pidamos al señor en esta Eucaristía que nos dé la humildad de los pastores y la fe con la que san José miró al niño que María había concebido del Espíritu Santo. Roguémosle que nos conceda mirarlo con el amor con el cual María lo contempló y junto con los coros celestiales elevemos en esta Eucaristía la acción de gracias al Señor que ha bajado al mundo para iluminar el camino de la vida, de la verdad y del amor. Que así sea.

+ José Mazuelos Pérez
Obispo de Asidonia-Jerez